

Abdelá Taia
El que es digno
de ser amado



Ahmed tiene 40 años, vive en París y es marroquí. Escribe a su madre, muerta hace cinco años, para saldar los asuntos que quedaron pendientes y contarle al fin que es homosexual. Envía una carta de ruptura a Emmanuel, el hombre al que ama apasionadamente, el hombre que lo llevó a Francia, que le cambió la vida, no siempre hacia mejor. También, Ahmed, recibe las cartas de Vincent y de Lahbib. Una novela epistolar para remontar en el tiempo hasta los orígenes de todo este dolor. Un libro sobre el colonialismo francés que perdura en la vida amorosa de un joven marroquí.

Para mi tía,
Masausa Taia

AGOSTO DE 2015

Querida Malika:

¿Ahí, en el fondo de las tinieblas, el mundo es bello por fin, verdad?

No contestes a esta pregunta, por favor. No digas nada, nada más. Quédate donde estás, como eres, insolente hasta el final, con esa mirada dura, indiferente a todo el mundo, a mí sobre todo, mi asumida dictadora. Ni siquiera intentes entender los secretos que se esconden en esa pregunta mía, que se pretende inteligente. Sigue cerrando los ojos. Estás en paz. En el reposo eterno. Permanece en él. Sobre todo no te muevas. Te has ido. Estamos solos. Sobrevivimos, solos. Construimos nuestra vida después de ti, en vano.

Cada día estamos un poco más enfadados. Cada noche es un combate perdido de antemano. Las pesadillas vienen y ya no se van.

Te moriste en 2010. Y desde entonces, nunca has estado tan viva.

Con la muerte del padre, yo no experimenté lo mismo. Que la muerte obsesiona a los que se quedan, a los que aún siguen un poco aquí. Que los muertos son los vivos.

Él nos dejó joven. Hamid. 66 años apenas. Un viernes por la mañana. El golpe fue tremendo: existir sin padre. Un padre que fumaba tres paquetes de cigarrillos al día. Respirar, comer, caminar no era lo mismo sin él. Incluso esperar amar un día sinceramente ya no era posible sin él, aquel hombre debilitado, sin su benevolencia, su ternura desesperada, su deseo fogoso y sus eternas torpezas. Nada más enterrarlo, tú te hiciste con el control de todo, de nosotros,

de la casa. Del corazón de la existencia, del origen de todo en nosotros: nuestra pobre y minúscula casa en Hay Salam, en Salé.

Me acuerdo de lo que hiciste, madre. No me da miedo recordártelo.

La noche misma de su muerte, diste su ropa y sus cosas a los mendigos, a los borrachos, a los malos. Rápido, rápido, que no quede ni rastro de él en la casa. Con su cuerpo apenas enterrado, y ya estaban sus recuerdos, sus objetos, sus libros dispersados, alejados. Desvanecidos. Existió el padre. Ya no existe. Así vamos a llevar el duelo: sin rastro de él, de su enfermedad contagiosa. ¿Habéis oído, niños? ¿Me has oído, Ahmed? Llorad si queréis, pero no me pidáis que haga lo mismo.

Vestiste de blanco cuarenta días, mamá. En tu corazón, no era una cuestión de duelo, sino de deber, de obligación. Nada más. Interpretaste el papel de viuda. A la perfección. ¡Bravo!

No obstante, te amó toda la vida, el padre. Siempre sintió deseo por ti, por tu cuerpo, por tus redondeces disparatadas, por tus gritos rebeldes. El mundo, la vida, los días, las noches, la existencia, todo se reducía para él a una mirada, la tuya, llevaba un solo nombre, el tuyo.

Malika. Malika. Malika. La reina.

El padre, el hombre está muerto. ¡Viva la dictadora!

No tenías ninguna apariencia de dictadora, pero hoy sé que sí lo eras. Sin duda. Una dictadora. Sin vergüenza, lo mataste, lo enterraste rápido, lo olvidaste inmediatamente después.

La vida sigue. Está muerto. Ya no está. Yo sigo aquí, con vosotros. Por y para vosotros. Únicamente por vosotros.

Nos embrujaste. ¿Cómo pudimos seguirte, participar en el asesinato de Hamid, olvidarlo rápido, alejarlo rápido de nuestras memorias? ¿Cómo pudiste transformarme a mí también, convertirme en un dictador, en un desalmado co-

mo tú? ¿Por qué me impediste vivir con él, muerto, soñar con él, muerto?

En la casa, a partir de entonces, solo existías tú. Tú y tu ley. Tú y tus decisiones. Tenías el campo libre. El hombre ya no existía. La mujer iba a retomar todo, reescribirlo todo.

Por supuesto eras tú la que habías construido todo. Sin ti, no habría habido ningún Hamid. ¿No es así? Tú lo habías salvado. Hasta le habías enseñado a andar. Decías eso. Y es lo que nunca dejó de repetir él: tus órdenes. Lo reconocía él mismo, pero eso no te bastaba. Necesitabas más sumisión por su parte. Cada día una nueva castración.

Después de la muerte, una segunda muerte. Ocupar todo el terreno, todo el espacio de la memoria. Penetrar aún más en nuestras cabezas, las de los hijos, lavarnos los cerebros, ubicar en ellos tu verdad, nada más que tu verdad. Y tus mentiras.

«La casa de Hay Salam, soy yo, yo, yo... ¿Me oís? Él... Él solo pensaba en eso... Solo eso le hacía aguantar. Pero la casa soy yo, yo... La construí sin él, sin el hombre... ¿Habéis entendido? Yo empecé todo, lo preparé todo, lo llevé todo. La arena, el cemento, los ladrillos, hasta a los obreros fui yo a buscarlos, fui yo quien negocié con ellos. Él, Hamid, no sabía. Sabía fumar. Sabía hacer eso. Y ya está. Sin mí, no habría tenido nada. Ni un techo. Sin mí, vosotros no existiríais. ¿Me habéis oído? Meteos estas palabras en la mollera. Es la verdad. La única verdad».

Eras nuestra madre, Malika, pero no te queríamos. No te adorábamos como los demás adoran a sus madres. Siempre estuvimos de su parte, junto a él, grande, y tan pequeño. Tú no necesitabas que te consolara nadie. Él, sí, cada día, cada noche. Tú eras fuerte, y llevabas mucho tiempo haciéndote la fuerte. Él no era más que un esqueleto ambulante, un enamorado transido, cariñoso hasta en la violencia. No existía más que por y para ti. Entre nosotros nos decíamos que desde el primer día de vuestro matrimonio lo habías empujado a la muerte, lo habías matado: te

abriste de piernas para él y mientras entraba en ti le echaste mal de ojo. Lo condenaste a ti, a tus olores, a tu vagina. Desde entonces solo quiso vivir ahí, hundirse ahí, dormirse y soñar ahí, gozar, gritar, dejar de ser hombre. Ahí.

¡Pobre Hamid! ¡Pobre padre!

Eras el paraíso en la tierra donde él podía subsistir, sometido y vivo, un hombre como no había dos en aquella época. Desde entonces, al crecer, al hacerme mayor, he entendido que muchos maridos en Marruecos son como él. Las mujeres son su Meca, su alquibla, su Alá. No lo reconocerán nunca de palabra, con franqueza. Pero todo, en el secreto de su corazón, aspira a eso, solo a eso. A que les cojan de la mano, les sustraigan su libertad, los guíen, a que se les enseñe a jugar a los hombres, a parecer hombres frente a los demás.

Se fue, Hamid.

Luego te tocó irte a ti, Malika.

Y sigo en lo mismo, en repasar una y otra vez esas imágenes de antaño, las de vosotros dos, separados, reunidos, en el teatro cotidiano, imponiéndonos vuestros suspiros, vuestros jadeos, vuestros orgasmos ruidosos, impúdicos.

Se oía todo. Y más. Lo sabíais y no os avergonzábais. Ni a él ni a ti se os había ocurrido ocultaros, ser discretos ante nosotros, ahorrarnos los signos demasiado visibles, demasiado legibles de vuestra sexualidad, de vuestro amor, de vuestro enfermizo apego del uno por el otro.

Él estaba en las nubes. Comprendo que ni siquiera se le ocurriera hacerse el tímido delante de nosotros, a aquel padrastro sin verga. Estaba enfermo de ti, jodido.

Pero tú, durante mucho tiempo me pregunté por qué no te escondías, por qué parecías querer restregárnoslo por las narices. ¿Era algo calculado? ¿Era tu forma de embrujarnos a nosotros mediante el espectáculo de tu sexualidad desbordante?

¿Por qué no nos protegiste?

¿Ni se te pasó por la cabeza? ¿Que en Marruecos es así, todo el mundo sabe todo de todo el mundo?

Es tu única contestación.

Pero ahí donde te hallas ahora, tampoco encuentras mejor respuesta. Te da igual. Estás muerta. Y, desde tan lejos, sigues pasando de nosotros, te da igual en qué nos hayamos convertido tras tu tiranía.

Hoy estoy celoso de vosotros, de ti y de él.

Tengo 40 años y me he convertido en un celoso frío y calculador. Un celoso amargado, un celoso furioso. Pienso en ti y me entran ganas de gritar, de tirarme a las vías del tren, empujado por unos celos que me devoran y me dominan.

En ti que lo sometías completamente, Hamid había encontrado la salvación. Era esclavo, menos que un hombre para algunos, pero un esclavo feliz. Te seguía. Te buscaba. Tenía suerte. Te había encontrado. Había encontrado el camino. Hacia ti. Tus órdenes. Tu crueldad. Le gustaba que le dijeras: «Cállate», «Come», «Duérmete», «Vete», «Trae más dinero», «Nada de sexo, este mes, nada».

Obedecía una y otra vez. Sin discutir. Su amor por ti, lo defendía a pesar de todo. Parecía decir, a ti, a nosotros: «Malika es digna de mi amor. Es como es. La amo, la adoro, la venero. Meteos en vuestros asuntos y dejad que la gente vaya diciendo por ahí que no soy un hombre. Que soy una mujer. Sí. Soy Hamid, la mujer de Malika».

Yo, entonces, sentía vergüenza. No podía verlo, considerarlo como mi padre. Sin lágrimas, lloraba, lloraba por él.

Sé ahora que tenía razón, que tenía valor, que tenía suerte. En este mundo en guerra permanente, había en ti un jefe, un general, un rey, un brujo poderoso, judío sin duda.

Ahora estoy solo celoso de aquel padre, de aquel hombre, de su dicha y hasta de su muerte.

Se murió un día en que le dijiste claramente, delante de nosotros, que el sexo se había terminado. Terminado.

«Se acabó el sexo para ti, Hamid. Ni esta noche. Ni mañana. Ni nunca».

Tenía 65 años.

No dijo nada.

Se quedó viendo con nosotros el capítulo de la telenovela egipcia hasta el final, y luego se fue.

Nunca volvió con nosotros, entre nosotros.

Tú nunca volviste a reunirte con él en plena noche, mientras nosotros dormíamos.

Lo habías castigado, exiliado, matado.

Como siempre, obedeció.

Seis meses después de su condena, murió. En medio de la noche. Solo. Mientras dormía.

Soñando contigo, con tu sexo, tus pechos, tus piernas, tus cabellos, tu sonrisa imperiosa.

Sin dudar nunca de ti, Malika, seguiste hasta el final.

Te admiro, mamá. Has sabido mantenerte fiel a tus principios. La crueldad como regla del juego, del mundo. Sí es sí. No es no. Sin discusión. Ejecución.

Ahora solo estoy celoso de él.

Y, por desgracia para mí, soy como tú. Exactamente igual que tú.

Hago todo igual que tú. No consigo verlo de verdad, con claridad, hasta después de tu partida, de tu muerte. En 2010.

Ya no estás aquí. Y sigues estando aquí.

A pesar mío, en todo, me parezco a ti.

Quiero ser destronado, como él, Hamid. Soy frío y constante como tú. Astuto, calculador, terrorífico, a veces. En el grito, en el poder, en la dominación. Exactamente como tú.

Nadie lo ve realmente. Salvo algunos que han tenido la desgracia de cruzarse en mi camino, de compartir mi cama, mi corazón, mi cuerpo.

Frente al otro, veo al fin hasta qué punto, de lejos y para siempre, me gobiernas. Me has programado. Has hecho de mí la máquina que soy ahora.

No soy ni hombre ni mujer.

Soy tú, mamá. Sin tener todo el poder que poseías tú.

Quebrar, abandonar, romper, partir, terminar, borrar, es lo que más placer me procura de un tiempo a esta parte.

Al principio, creía que era un signo de fuerza. Puedo acabar con una historia que ya no me aporta nada. Puedo de un día para otro abandonar a un hombre al que he manipulado a mi aire para que se enamorara de mí. Puedo abandonar a un amigo, romper una relación, sin duelo ni remordimientos. Puedo estar solo. Solo. Puedo. Puedo... Ahora, en este instante mismo en el que te escribo, sé que no es completamente verdad. No es más que una ficción que tú has cimentado en mí y en la que cada parcela de mi cuerpo, de mi ser, continúa, a pesar de todo, creyendo con todas sus fuerzas. Con todas sus fuerzas.

Pusiste eso en el aire que respiraba a tu lado, en mi comida, en mis calzoncillos y mis camisetas.

Pero ¿por qué yo, y no los otros hermanos y hermanas? ¿Por qué?

De todos ellos, soy el que se parece más a ti, el que ha acabado por seguir al pie de la letra tu programación.

¿Por qué yo? Dime. Dímelo. Sé que me estás oyendo. Sí. Los muertos no están sordos ni ciegos. Recibes mis mensajes. Oyes lo que digo, lo que escribo. Lo sé. ¡Entonces, contéstame! ¡Responde a mi pregunta!

¿Por qué me has elegido a mí, y no a Murad o a Fatiha? ¿Por qué? ¿Porque soy homosexual? ¿Es por eso?

Sin embargo no he sido el más querido. No. Tu primogénito, Sliman, nos pasaba a todos por delante en tu corazón. Él, primero, luego nosotros. La mejor tajada de carne para él, los restos para nosotros. Las oraciones fervientes, constantes, para él, casi nada para nosotros.

Adoraste cada parte del cuerpo de tu primogénito. Le diste un gran empujón, lo elevaste muy alto. Hiciste de él un rey, un profeta sin necesidad de hablar: su mensaje estaba, de antemano, entendido, aceptado, practicado a rajata-

bla por todos nosotros. Frente a aquel hermano mayor, nosotros apenas existíamos.

Lo protegiste, le perdonaste todo a ese hijo tuyo. Cerraste incluso los ojos cuando te diste cuenta de que él nunca sería el hombre viril que tú querías. Seguiste favoreciéndolo, deificándolo. Habías esperado encontrar tu salvación como mujer gracias a él. Tener más poder aún. Pero no fue así. Te decepcionó. Lo sabíamos todos. No supo seguir tus consejos, interpretar realmente tus planes y tus órdenes. Se desveló como un hombre temeroso, terriblemente tímido con las mujeres. No sabe tratar a las mujeres. Le faltan la audacia y la perversidad necesarias, le faltan los gestos y la inspiración. Le diste todo menos eso. Así que se convirtió en lo que sigue siendo hoy. Un hombre sometido a otra mujer distinta de ti.

Ya no estás aquí para guiarlo, secar sus lágrimas, ahorrar dinero para él, por si acaso. Ya no eres su maestra, su mentora. Otra mujer ha ocupado tu lugar. Sobre él, sobre su cuerpo, esa mujer se venga de la suerte cruel que Marruecos tiene reservada a las mujeres. Sliman paga cara, muy cara, la cobardía de los demás varones marroquíes. Cada día se hunde un poco más en el infierno del masoquismo. Le habría gustado que estuvieras aquí para que lo curaras, para que lo mimaras, aunque ya ande por los cincuenta y muchos.

Nosotros también lo quisimos con locura, a ese hermano mayor. A ese Sliman. Sin pensar nunca en cuestionar su estatus, su aura, su silencio, todo aquello a lo que tenía derecho naturalmente. Hoy, se acabó. En cuanto moriste, empezó la revuelta contra él. Aún no te habíamos enterrado y ya había dejado de ser el rey indiscutible.

Fueron las hijas, mis hermanas, quienes lo destronaron, quienes se atrevieron a cantarle las cuatro verdades. Yo no estaba delante durante esa escena revolucionaria. Mi avión aún no había llegado a Rabat. Pero me lo contaron todo.

Me dijeron lo que le habían gritado a la cara, las chicas, al unísono:

«No te quedarás con lo que nos corresponde a nosotras por ley. Tu parte de la herencia ya la obtuviste y malgastaste en vida de Malika. No te llevarás nada más, Sliman. Nada».

Las admiro, a mis hermanas, y les beso los pies. No me habría atrevido, yo, a hablarle así, con la verdad por delante, duro, indignado. Me habría quedado petrificado ante él una vez más, impresionado por el silencio que me impone en cuanto aparece. Le habría perdonado todo. Le habría ofrecido mi parte de la herencia. Es el hermano mayor. Yo soy el benjamín. Aún hoy sumergido en un amor ciego, infinito, por él.

No diste gran cosa a tus hijas. Poco amor. Poca solidaridad. Poca comprensión. Pero fueron ellas las que salvaron la situación, las que posibilitaron que se hiciera justicia: la reclamaron, la consiguieron. Y solo después, tras aquel gesto violento y necesario, fueron a ocuparse de tu cuerpo, a prepararlo para el entierro.

Dijeron todo al hermano mayor. No sintieron vergüenza ni miedo. De repente, se convirtieron en iguales suyas. Mejores que él. Ellas hablaban. Él se callaba.

«Te vas ahora, AHORA, a tu casa y traes todos los papeles oficiales importantes que te confió nuestra madre. Esos papeles son nuestros. Nuestros. Si no, no enterramos a tu madre. ¿Has entendido? ¿Quieres que te repitamos el mensaje?».

La mujer de Sliman también estaba allí. Comprendió que, frente a la repentina autoridad que emanaba de mis hermanas, más le valía no intervenir. En absoluto. Como tu primogénito, su mujer estaba estupefacta. Había previsto todo menos esa revuelta asumida, frontal, extrema. No dijo nada porque enseguida entendió que no tenía nada que decir. Había perdido.

Sliman miró a las chicas con sus ojos de los días negros. Creyó por un instante que eso bastaría para acabar con la sublevación. Pero, al cabo de un larguísimo minuto durante el que mi hermana Fatiha se acercó y se enfrentó a él sin bajar un segundo la mirada, él dijo: «Mañana... Mañana los traigo...».

Fatiha se acercó más aún, lo agarró por el cuello de la camisa y le ladró:

«*Daba*, Sliman... Ahora, Sliman... *Daba*...».

Nadie salvó a tu hijo. Ni yo. Nadie lo defendió. Nadie se compadeció de él. Porque no se lo merecía.

Las hijas no obtuvieron nada de ti en vida, Malika. Nunca las frenaste en la vida, no les impediste estudiar ni casarse con quien quisieran. Pero jamás fueron tu prioridad. Lo sabían y lo aceptaron, a pesar del dolor legítimo que sentían, de esa terrible carencia que soportaban en lo más hondo de su alma. A veces te lo reprochaban, pero eso no cambiaba nada en tu comportamiento con ellas. Creo que no las querías. Tu guerra personal se situaba muy lejos de ellas, en un endurecimiento continuo de tu corazón, en el olvido programado de la lucha de las demás mujeres.

Solo contaban los hombres.

Solo él. Solo contaba Sliman, primer hijo, adorado, venerado.

El día mismo de tu entierro, con tu cuerpo aún caliente, ya no era el hombre de la familia. Y en el fondo, nadie lo ha sido nunca, salvo tú.

Bajó la cabeza y, acompañado de su mujer, se fue a su casa a buscar los títulos de propiedad que exigían las chicas.

¿Sabías que iban a transformarse tan radicalmente ese día? ¿Hacerse por fin como tú, olvidar su corazón si hacía falta para salirse con la suya? ¿Habías previsto todo aquello?

Creo que sí. Claro que sí.

No dejaron que nadie más se ocupara de lavar tu cuerpo. Guiadas por una mujer piadosa del barrio, expresaron así su solidaridad profunda contigo, con tu alma. Te rindieron homenaje.

Estaban las seis alrededor de tu cuerpo. Concentradas y emocionadas. Solo faltaba la séptima hija: Hafsa. Murió hace tiempo, cuando tenía apenas dos años. Nunca olvidaron a Hafsa.

Yo solo la conozco por su hermosísimo nombre y por los recuerdos de ella que tú compartías con nosotros de vez en cuando, de forma breve, seca. Hafsa también vino: de muy lejos, hizo el viaje, hizo como sus hermanas, lavó tu cuerpo y rezó por ti.

«Ha rejuvenecido, mi madre. Ya no tiene arrugas en la cara. Mirad. Mirad. Su piel se ha vuelto más clara. Se le ven las venas. Se ve azul. Se ve el interior en ella. Mirad. Mirad. Se ve rojo, rojo. Está más joven que nosotras, mi madre. Está dormida. Eso es. Está durmiendo. Ya no gritará más».

Es tu hija Samira la que habla así de ti. Y me sorprende, me sorprende mucho. No tiene miedo de ti muerta. No se siente presa de ningún sentimiento extraño, de ningún vértigo. Eres su madre. Estás muerta. Dentro de una hora ya no podrá tocarte más, no podrá notar físicamente ese lazo que la une a ti. No tiene ningún miedo. Te mira. Te ve como si nunca te hubiera visto. Te pone la mano en la cara. Dice «mi mamaíta» y no llora. Como las demás hermanas, se mantiene concentrada, no quiere perderse ese último momento de verdad contigo, no puede estropear ese ritual. Pone el corazón en ello. Te perdona, todo y todo. Lo dice.

«Alá, ha sido nuestra madre, nuestra madre hasta el final. Acéptala como es. No te quedes con el daño que ha podido hacernos. Se lo perdono. Se lo perdonamos, todas. Absolutamente todas. Alá, ha sido una buena madre, una buena mamá, una buena esposa. No siempre, es cierto. Pero se lo perdonamos. Se lo perdonamos, Alá. Ante Ti, en